

de otra manera, para el sabio griego la justicia es teleológica, tiene un fin, propósito o naturaleza esencial. Razonar sobre el *telos* de una práctica cualquiera o institución, es razonar sobre qué virtudes debe honrar y recompensar. No se trata tanto de promulgar reglas como de formar hábitos y moldear el carácter de las personas. Como apuntaba el propio Aristóteles, que nos formemos unos hábitos u otros desde muy jóvenes supone una muy grande, o mejor dicho, toda la diferencia. Los debates sobre la justicia u otros valores morales también son debates sobre el propósito de alguna institución social, sobre los bienes que asigna y las virtudes que honra y también celebra. Por mucho que apostemos por la neutralidad, quizá no resulte posible decir qué es justo o bueno, sin antes someter a discusión la naturaleza de la vida buena. La elusión de nuestras convicciones morales y religiosas no es más que un respecto ficticio.

“Una política basada en el compromiso moral no solo es un ideal que entusiasma más que una política de la elusión. Es también un fundamento más prometedor de una sociedad justa” (p. 304). Esta es la propuesta de Michael J. Sandel, y ofrece poderosas razones para creer en ella. En definitiva, se trata de un libro ciertamente interesante además de sugerente, un libro de lectura más que recomendable para profesores y estudiantes universitarios, y por supuesto, para cualquier persona que sienta la necesidad de construir un mundo más justo.

Francisco Esteban Bara. Universidad de Barcelona
franciscoesteban@ub.edu

SCHILLER, FERDINAND CANNING SCOTT

El desafío humanista del pragmatismo, edición de Julio Seoane, Biblioteca Nueva, Madrid, 2011, 216 pp.

En 1903, un joven irlandés recién licenciado publicaría en el *Daily Express* de Dublín una reseña de *Humanism: Philosophical Essays*, el primer libro que F. C. S. Schiller presentaría con su nombre, que, en lo esencial, recogía todas las objeciones que el pragmatismo en-

tendido como “humanismo” suscitaría desde entonces. El fundamento aristotélico de la lógica de James Joyce —el desconocido autor de la reseña— podía simpatizar con el optimismo de Schiller, pero era incompatible con la reducción de toda la psicología al campo de las emociones, en lugar de mantenerse en el campo de la racionalidad, como parecía desprenderse de la serie de ensayos que ponían de relieve lo absurdo del pensamiento puro, defendían una base ética para la metafísica, proponían la utilidad práctica como criterio de verdad y descartaban la categoría misma de lo absoluto. A Joyce le sorprendería que Schiller escribiera frases como esta: “El dragón de la escolástica es un espíritu que se revuelca en el barro de los tecnicismos, que se entierra bajo montones de investigaciones carentes de valor y que se oculta a la comprensión humana tras las nubes de polvo de basura reseca que levanta”, pero ese sería el modo —desafiante— con el que Schiller argumentaría a lo largo de toda su vida. Ellsworth Mason y Richard Ellmann incluirían la reseña de Joyce en su edición de los *Critical Writings*, publicada en 1959, entre una reseña de Giordano Bruno y otra de Shakespeare.

Con independencia de la evolución posterior del pensamiento de Joyce, que trataría de encontrar la última palabra de un lenguaje perfecto, es probable que su reseña fuera la más ingenua de cuantas se han hecho de la obra de Schiller, dentro o fuera de los muros académicos que el autor de *Humanism* había sido de los primeros en saltar (aunque lo hiciera en las dos direcciones y volviera a su interior con frecuencia). El refinado academicismo de los pragmatistas durante la segunda mitad del siglo XX, que ha combinado, por decirlo con los términos de Schiller con los que Joyce se permitiría ser irónico, la barbarie del estilo con la barbarie del talante, no ha sido, desde luego, una causa menor del olvido en que la obra de Schiller caería tras su muerte y del que el profesor Seoane se ha propuesto rescatarlo ahora. *El desafío humanista del pragmatismo* es todo un *recovery text* que se une a la reedición en curso de la obra original y a su reevaluación. Seis ensayos de Schiller componen esta antología, ordenados temáticamente y acompañados de introducción, bibliografía y cronología. “La definición de pragmatismo y humanismo” encabeza la serie.

El profesor Seoane se ha propuesto rescatar a Schiller como una figura del pensamiento europeo —un contexto en el que la recepción

de Joyce adquiere un valor preliminar—, de modo que podamos entender su humanismo como “espíritu del pragmatismo”. En la definición del humanismo entendido como espíritu del pragmatismo habría latente, sin embargo, una pregunta desconcertante: ¿qué posibilidades tendría el hombre de comprender un universo radicalmente ajeno? La respuesta de Schiller era, en cierto modo, elusiva: el humanismo no sería otra cosa que la percepción de que el problema filosófico concierne a los seres humanos que se esfuerzan por comprender un mundo de experiencia humano mediante los recursos de la mente humana. Como tal, la “construcción de la verdad” de Schiller, que hacia el final de su vida pudo entenderse perfectamente con el positivismo lógico de Carnap (véase la nota al pie de la página 211), no resistiría, sin embargo, el ataque frontal que la *Zerstörung* de Heidegger o la *déconstruction* francesa plantearían en el terreno mismo del ser humano. No se trataría, entonces, de estar “psicológicamente incapacitado” — como Schiller aducía (p. 95)— para el humanismo ni de que la metafísica fuera irrelevante para la vida real (p. 97, n.). La magnanimidad que un profesor de filosofía necesita para considerarse humanista puede resultar simplemente pusilánime cuando el pensamiento prescinde sin reservas de la ética. Las discrepancias, los *disagreements*, entre filósofos pueden llegar a ser mortales.

En la medida en que toda tentativa en la historia de la filosofía es por sí misma una tentativa filosófica, la rehabilitación europea de Schiller devolverá su humanismo o pragmatismo al lugar que le corresponde en la larga nota a pie de página de los diálogos platónicos. Desde esa posición relativamente modesta pueden contemplarse, en caracteres mayores, los *apice philosophiae*. La lógica personalista de Schiller no impide en modo alguno que aliente en el fondo de cada espíritu una aspiración metafísica a esas alturas, “un anhelo de contemplar los distintos modelos que componen el completo despliegue de la vida y sus conexiones” (p. 156). Joyce se había anticipado al decir que Schiller, como Fausto, había engañado a todos sus lectores excepto a él mismo.

Antonio Lastra. Universidad de Valencia
Antonio.Lastra@uv.es